

Ella, medio inclinada, esbelta y adorable, adoptó de nuevo la misma actitud reflexiva y reanudó sus pensamientos, los pensamientos tristes ó los pensamientos alegres... de que la habia distraído.

X.

Junto al vapor en que el príncipe daba la fiesta, esperando tambien pasar la presa, se hallaba uno de esos grandes lanchones, un falucho, dedicado á trasportar maderas ó carbon desde aquellas orillas á Saint-Denis.

A bordo de aquella tosca embarcacion vivia toda una familia. En aquella especie de enorme cachalote de madera, en el que el humo que salia de la cocina parecia como su aliento, comian, dormian, nacia y alguna vez morian, léjos de la tierra, una porcion de seres humanos. Algunos tiestos de geranios, con sus colores rosa y encarnado, daban á la tal vivienda el alegre aspecto de una sonrisa.

Con los esfuerzos de los marineros, cogidos á los remos é impulsando la barca por las aguas del rio, se confundian los aturdidos gritos de los pequeñuelos.

Aquella embarcacion allí estacionada era lo que en aquel momento atraia toda la atencion de Marsa.

Sobre las embreadas tablas de aquel lanchon pintado y repintado, lleno de piezas y tostado por el sol, seis ó siete niños con la tez bronceada, medio desnudos y con el pelo enmarañado,

jugaban cerca de un monton de carne envuelta en harapos, que era una mujer, una madre, una madre joven—pero envejecida y estropeada,— dando de mamar á una criatura y permitiendo ver un abultado seno, que resaltaba por su blancura del resto de la piel, curtida y ennegrecida por los rayos del sol y por la brisa.

Algo más distante se veían dos hombres, uno, rudo y fuerte, de unos treinta años, pero á quien el trabajo hacia aparecer de unos cuarenta; el otro, viejo y con la tez arrugada, hijo y padre sin duda—abuelo de aquella turba de chiquillos que se arrastraban por la cubierta—comiendo con los dedos un trocito de queso puesto sobre un pedazo de pan, y pasándose de uno á otro la botella del vino que apuraban á cortos tragos.

Aquella parada, que para los amigos del príncipe era un fastidio, para las gentes del lanchon servía de descanso, y para reparar sus fuerzas.

Marsa les contemplaba absorta, creyendo ver en aquellos errantes del río, los errantes del desierto húngaro—sus antepasados—los miserables tziganos, de quien ella era descendiente por su idolatrada madre, acampados en la libre *putza*, vivaqueando en la inmensa llanura. La vista de aquella pobre barquera, de piel lustrosa y negra como el hollín, la hacia pensar en la difunta, en la querida é inolvidable Tisza!

En aquellas pobres gentes que pasaban su vida en el río, se le aparecía el espectro de su raza, viviendo entre los montes, á través del espacio, como los búfalos y las cigüeñas.

Mejor que los músicos vestidos con casacas

bordadas, aquellos bohemios del Sena, aquellos infelices habitantes del lanchon solitario, le recordaban la gran familia proscrita, la tribu en marcha, sus antepasados.

Y llamando á los niños, á aquellos pequeñuelos despechugados que se arrastraban sobre las tablas, calientes por los abrasadores rayos del sol, les dijo con amabilidad:

—¡Poned vuestros delantales!

Ellos obedecieron, levantando hácia ella sus tostadas manecitas, sus agujereadas faldas y sus camisas.

—¡Tomad!—les gritó.

Los pobrecitos no podían creer lo que tenían ante sus ojos.

Desde el *steamer*, Marsa les echó mandarinas, racimos de uvas, higos maduros, albaricoques, almendras verdes, una lluvia de primicias del tiempo que habrían entusiasmado á los *gourmets* si los hubiesen visto en el escaparate de un restaurant, y que los pobrecitos, de alegres y aturdidos que estaban, casi no se atrevían á tocar, preguntándose si aquella señora que de tal modo hacia llover frutas tan ricas, sería una hada como las de los cuentos.

Entonces la madre, recogiendo sus viejos vestidos, se acercó á Marsa para darle las gracias, toda confusa de alegría y dejando ver bajo su oscura tez el rubor que le causaba la satisfacción.

La pobre mujer, con lágrimas en los fatigados ojos y con la sonrisa en los labios; aquella pobre madre, enternecida al ver el contento de

sus hijos, murmuró balbuceó mejor dicho, sorprendida!

—¡Ah, señora... señora... qué buena sois! Sois demasiado buena, señora.

—Es preciso que todos participen de la alegría—dijo Marsa sonriendo.—¡Ya veis qué contentos se han puesto y qué felices son los pobrecitos niños!

—Muy felices señora; ¡oh! yo os lo aseguro... ¡Considerad que no están acostumbrados á estas cosas! Vamos, dad las gracias á esa buena señora. Tú, Juan, que eres el mayor, di «gracias».. A ver si sabes decir: «¡gracias, señora».

—Gracias, señora—balbuceó el niño mayor mirando á Marsa con esa timidez propia de los inocentes pequeñuelos que no comprenden nunca por qué hay desconocidos que les hacen daño ó que les proporcionan un bien.

Y los chiquitines, con sus vocecitas argentinas, repetían como si cantarán:

—Gracias, señora.

Los dos hombres, de pié, estupefactos, con la camisa desabrochada, dejando al aire la curtida piel de su pecho, manifestaban á la vez su gratitud y fijaban silenciosamente sus miradas en Marsa.

—Y el de pecho, señora—preguntó la tzigana contemplando al niño que tenía dormido en sus brazos, sin haber soltado el pezon de entre sus labios, que alguna vez movía ligeramente como si soñara—¡es precioso, precioso el angelito! ¡Me permitis que corra de mí cuenta su ropita de bautizo?

—¿Su ropita de bautizo?...—dijo la madre.

—¡Oh, señora!...—murmuró el padre moviendo su gorro entre las manos.

—¡O una gorrita, lo que queráis!—añadió Marsa.

Las pobres gentes, de pié sobre el falucho, no respondían, y llenos de confusión se miraban como asustados unos á otros sin atreverse á decir nada.

—¿Es niña?—preguntó la tzigana.

—No, señora, no—respondió la madre.—¡Niño!

—Acércate, Juan—dijo Marsa al mayor.—Sí, ven acá, muchacho.

Juan dió algunos pasos mirando á su madre, como preguntando si debía obedecer.

—Toma, Juan—dijo la jóven,—para el hermanito pequeño.

Y entre las manitas del niño, juntas, formando cazoleta, Marsa dejó caer un bolsillo de plata, á través de cuyas mallas se veía el brillo de las monedas de oro contenidas en él.

Las gentes de la embarcación se quedaron con la boca abierta, pareciéndoles que estaban soñando, y mientras que los más chiquitos seguían entretenidos con las frutas, el mayor, fuera de sí, gritaba:

—¡Mira, mamá, mira! ¿Ves, mamá?

Entonces el más jóven de aquellos dos marineros se dirigió á Marsa, diciéndole:

—Señora, perdonad, no podemos aceptar..... Esto es demasiado... Sois muy bondadosa, señora... ¡Trae aquí eso, Juan!

—Tiene razon, señora—balbuceó la mujer,—es imposible... Es excesivo...

—Me daríais un disgusto si no aceptarais—dijo Marsa.—¡La casualidad nos ha reunido unos momentos, y soy supersticiosa! Pues bien, yo quisiera que esos angelitos bendijeran á aquellos á quienes amo...

Se detuvo, y en tono más grave rectificó:

—A aquel á quien amo... y que rueguen por su felicidad.

Y con sus arrebatadores ojos orientales miró al príncipe Andras, que, de vuelta ya en el vapor avanzaba hacia ella.

Puesto ya en franquia el *steamer*, el capitán gritaba:

—¡En marcha!

La pobre barquera, de pie sobre la cubierta del falucho entre los montones de naranjas que habian hecho los muchachos, quiso alcanzar la mano de Marsa para besarla.

—¡Dios os haga feliz, señora,—dijo la pobre madre,—y muchas gracias de todo corazón en nombre de los pequeños y de los mayores!

Los dos barqueros, muy emocionados, saludaban respetuosamente. Toda la turba de pequeños enviaba sus besos al mismo tiempo á la buena señora del vestido negro que se marchaba en el vapor.

—Decidnos al menos vuestro nombre, señora—exclamó el padre,—vuestro nombre, que nunca olvidaremos.

La pálida sonrisa que en Marsa Laazlo se habia visto durante el almuerzo, asomó nuevamen-

te á sus labios y como un adiós, con acento melancólico:

—¡Mi nombre?—gritó entre los silbidos de la máquina.

Se detuvo, y añadió con arrogancia:

—¡La Tzigana!

Y como si acompañasen aquel expresivo adiós los músicos de á bordo, empezaron á tocar alegremente uno de sus aires nacionales, en el momento en que el barco emprendía la marcha.

Los del falucho contemplaron aquel vapor que se alejaba lanzando al espacio penachos de humo, como si huyese una vision.

Una música rara que en aquel momento interpretaban los húngaros, y que allá en su país se baila haciendo sonar las espuelas y golpeando fuertemente los tacones, guarnecidos de planchas de cobre, uno contra otro, hizo decir á Jaquemin:

—¡Señores, un rigodon! ¿Por qué no bailamos ese rigodon? ¡Rigodon húngaro! ¡Ea, vamos allá!

Los pobres barqueros escuchaban aquella música que se iba perdiendo á lo lejos. Si no hubieran tenido en sus manos aquel bolsillo, para ellos una fortuna, y á la vista la cara de los niños, súcias todavía de la fruta, creerían que habian soñado y que no existía aquel nombre misterioso que, sin comprender, repetía la madre:

—¡La Tzigana!

También Marsa, mientras las *czardas* deleitaban sus oídos, dirigía la vista al humilde barcucho que desaparecía entre las brumas, distinguiendo todavía vagamente los movimientos de

los pequeñuelos que, subidos en los hombros de los marineros para poder ser vistos de lejos, agitaban un pañuelo blanco, prestado por la madre, para que le diesen el adiós de despedida.

Marsa se sentía desvanecida como en un éxtasis de felicidad, y mientras los huéspedes de la baronesa Dinati, el japonés Yamada, las misses inglesas, los agregados de las embajadas, todos aquellos parisienses exóticos, guiados por Jacquemin, director de todas las diversiones, organizaban un baile sobre cubierta, pidiendo á los tziganos polkas de Fahrbach y valsés de Strauss, la jóven escuchaba á Andras, que acariciándola con su aliento, le decía en voz muy baja:

—¡Cuánto os amo, Marsa! ¿Y vos, me amais, Marsa?

—¡Yo soy muy dichosa!—respondía ella sin moverse y cerrando á medias los ojos;—y si fuese preciso dar por vos mi vida, la daría contenta. ¿No es verdad que no dudais de esto que os estoy diciendo?... ¿Me creéis sinceramente?

Miguel Meuko, desde la popa, miraba, sin verlos quizás, los paisajes que pasaban ante ellos, las orillas de Saint-Germain, el monte Valerien, las torres del Trocadero, cuya cúpula de oro brillaba iluminada por el sol, y la atmósfera azul oscura que envolvía á Paris.

El barco caminaba despacio, muy despacio, como si el príncipe Andras hubiese dado la orden de retardar todo lo posible la llegada á Maissons Laffitte, en cuyo punto terminaría para él la fiesta, porque allí desembarcaba Marsa.

—¡Hé aquí un sueño que desaparece ya!—dijo.

—El más hermoso comenzará pronto—murmuró Andras Zilah—y éste, que será una realidad, el que toda mi vida he acariciado con toda mi alma y que nunca pude encontrar es: ¡El amor!... No me atrevo casi á pronunciar una palabra que de mis labios no ha salido cuando tenía veinte años.

Marsa envolvió al príncipe en una mirada de afectuosa admiración, de pasión profunda, que justificaban el que aquel hombre hablase de amor y que se creyera amado.

A su alrededor terminaba el vals y se preparaban para los rigodones.

El pequeño japonés, con su risita constante, preguntaba á una jóven inglesa por qué no bailaba.

—Porque estoy haciendo la digestión—respondió la poética *miss* con voz débil.—¡En cambio vos bailais por dos, *sir*!

—¡Si tuviésemos *accessorios*—replicó el japonés enseñando los dientes—dirigiría un cotillon!

El vapor atracó en Maissons-Laffitte. A pocos metros de la orilla, en la cual se veían amarrados algunos botes de pesca, los árboles del parque formaban una masa apretada por entre la cual, más bien que verse, se adivinaban los tejados de la *villa* en que habitaba Marsa.

—¡Qué lástima que todo tenga término!—decía la baronesa Dinati, roja como una cereza, de alegría.—¡Gracias á que esta no será la última! Maissons-Laffitte está muy cerca. La primera

que se celebre iremos á Rouen. ¡Mejor será en París; invito á todos ustedes á una fiesta de día, una partida de *polo, un lunch, un garden party*, ó lo que más os agrade! Yo confeccionaré el programa en union de Yamada y Jacquemin.

—Con mucho gusto—respondió el hombrecillo bronceado, saludando con una correcta flexion.— ¡Colaborar con Jacquemin!... ¡Será esto muy divertido!

En el momento en que Marsa saltó á tierra ligeramente, sin tomar la mano que Miguel Meuko, colocado allí sin duda para acechar su paso, le tendia mirándola de frente, el joven se le acercó con rapidez y aprovechando la confusion de aquellos instantes, sin que nadie le oyese, deslizo en el oido de la tzigana estas palabras dichas en tono resuelto :

—Esta tarde en vuestra casa. Es preciso.

Ella le miró quedándose fria.

Los ojos de Miguel Meuko estaban llenos de lágrimas y de fuego á la vez.

—¡Lo exijo!—dijo con firmeza.

Sin responder, Marsa se dirigió al principe Zilah, apoyándose atrevidamente en su brazo, mientras Miguel, como si nada hubiese visto, se inclinó saludando.

El general Vogotzine, rojo como la grana, marchaba detrás, murmurando bajo sus enormes bigotes que de cuando en cuando levantaban los repetidos eruptos.

—¡Magnifico dia!... ¡Magnifico! ¡Y qué soll! ¡Para coger una jaqueca!... ¡Valiente soll!... ¡Pero valientes vinos!...

XI

Al abandonar la tzigana el brazo del Principe para subir, en compañía de Vogotzine, á la berlina que cerca del rio la estaba esperando y en la que debia trasladarse al castillo, Marsa envió á Zilah un saludo apasionado, ocultando, tras de aquel gesto sencillo, todo un mundo de inquietudes, de tristeza y de amor.

Pronto el Principe volvía cerca de sus huéspedes, y el vapor, que Marsa miraba aún por la ventanilla del carruaje, se alejó llevándose aquel sueño de que habia hablado á Andras.

La joven no desplegó sus labios en el camino que recorrieron para llegar á la casa. A su lado el general continuaba haciendo la digestion y quejándose de que el sol se le habia fijado en la cabeza, siendo así que el malestar de su cabeza se debia más que nada á los efectos del mucho *tokzi* que habia consumido.

Luego, cuando descendiendo del carruaje, Marsa se vió sola en su cuarto, el grito que se escapó de su pecho fué un grito de dolor, de cólera desesperada:

—¡A! ¡cuándo pienso!... ¡cuando pienso que hay quien me envidia!

Se arrepentía de haber permitido que Andras se separara de ella sin confiarle allí mismo el secreto de su existencia, y el caso era que no volvería á verla hasta el día siguiente. ¡Qué largas iban á ser aquellas horas que mediaban hasta ese momento!

—Marsa, á quien la doncella esperaba para ayudarla á desnudarse, seguía en la ventana, en actitud pensativa, mirando al frente sin saber el qué, y creyendo tener en sus oídos la voz de Miguel Meuko, que penetraba en ellos como una barrena.

¿Qué es lo que había dicho aquel Miguel?

Ella no se atrevía á creerlo. ¡*Yo lo exijo!*
¿Había dicho «Yo lo exijo?»

Tal vez alguno de los que estaban al lado de Marsa lo habría oído? ¡Quién sabe! «¡Yo lo exijo!»

La noche se aproximaba, y Marsa, con el corazón lleno de melancolía, que la hora del crepúsculo hacía mayor, recordaba vagamente, y seguía repitiendo, temblando de rabia y de despecho, aquellas rápidas palabras de Miguel Meuko, dichas en voz muy baja y en tono de amenaza: «¡Yo lo exijo!»

Dos horas permaneció en aquel estado, con el pensamiento aferrado á la misma idea y como hipnotizado por mirar en el vacío un punto fijo.

De pronto oyó ladrar á los perros *Duna* y *Bundas*, que estaban en el jardín amarrados, y que por no poder hacer otra cosa estiraban sus enormes cuerpos en dirección de la verja, por

donde venía un hombre, á quien Marsa, asomándose al balcón, conoció en seguida.

—¡Miserable! — dijo entre dientes, apretándolos con rabia.

Era Miguel Meuko.

Debió detenerse antes de llegar á París y volver corriendo á Maisson-Laffitte.

El primer impulso de Marsa, arrebatada por la ira, fué negarle la entrada.

—¡Diré que no estoy! — exclamó sin vacilar. — ¡Que no estoy...

Luego cambió repentinamente de parecer.

Era más valeroso y más digno de ella afrontar el peligro cara á cara.

Se oyó el timbre de la puerta.

—Haced que el conde Meuko pase al saloncito — dijo á un criado.

—¡Veremos! — exclamó entonces la tzigana, mirándose ante el espejo como para medir su resolución y saber si estaba asustada ante un peligro y un enemigo como aquel.

El saloncito en que fué introducido el joven conde estaba situado en el ala izquierda del castillo, y á Marsa le gustaba aquel departamento porque allí estaba completamente sola. Le había hecho amueblar con un gusto raro, en estilo medio indio y medio bizantino, colocando á lo largo de la pared un diván revestido de una tela gris con franja color granate, tapices de Kaschmyr desparramados sin orden, cuadros de Petenkofen representando paisajes de Hungría, batallas, centinelas cubiertos de nieve, dos consolas llenas de libros, revistas y folletos; una mesa

redonda con incrustaciones egipcias, sobre la cual se veían bronceos artísticos de Lanceray y pequeños puñales cincelados.

Aquel saloncillo comunicaba con otro mucho más grande, donde ordinariamente el general Vogotzine dormía su siesta ó permanecía tendido lanzando bocanadas de humo. Marsa dejaba allí completamente libre á su tío, prefiriendo para sí aquella especie de paballoncito que daba al jardín.

Miguel Meuko conocía aquella habitacion por haber oído en otro tiempo más de una vez á Marsa tocar, en aquel piano todavía abierto, sus piezas favoritas.

El día la veía nuevamente, la buscaba y la encontraba en aquel mismo sitio; y, esperando de pié, nervioso y retorciéndose el bigote, estaba impaciente deseando verla aparecer; aplicó el oído á la puerta que separaba los dos salones creyendo que iba á oír el roce del vestido de Marsa, y solo oyó el chasquido de los labios del viejo Vogotzine, chupando el ambar de su pipa.

Al ver á Miguel el general se medio incorporó en la butaca, diciéndole:

—¿Venís á saludar á Marsa? ¿Acaso no os ha bastado con esa expedición en vapor? Muy divertido, pero que el diablo cargue con el sol... Tengo la cabeza en un estado... Tal vez sea reumatismo... Bien se me está... ¡En vez de estar tranquilo en casa, muy tranquilo!

Y Vogotzine continuó fumando despues de recostarse sobre el blando respaldo de la butaca,

hasta que de pronto, Meuko vió que se marchaba al jardín:

—Prefiero fumar al aire libre; aquí me congestiono,—decía.

Marsa, que le vió pasar, dejó que se fuera, alegrándose de que el general no se hallara próximo al sitio en que iba á tener la entrevista con Miguel Meuko y luego entró resueltamente en el saloncillo donde el conde le estaba esperando en pié, como si se tratara de sostener un ataque.

Antes de decirse una palabra, despues de que Marsa hubo cerrado la puerta tras ella, aquellos dos seres permanecieron unos minutos mirándose de frente y como queriendo conocer hasta dónde llegaba la decisión de cada uno; por fin, Marsa, cruzándose de brazos, fué la primera que rompió el fuego valientemente diciendo en tono firme y resuelto:

—Habeis querido verme. ¡Pues bien! aquí estoy. ¿Qué es lo que pretendéis?

—Preguntaros sencillamente si es cierto que os casais con el príncipe Zilah.

Ella quiso reír, pero aquella risa nerviosa no asomó á sus labios.

No obstante, con marcada ironía le respondió:

—¡Ah!... ¿Y para esto habeis venido?

—Sí.

—Pues es inútil que os hayais molestado. Preguntais una cosa que sabeis perfectamente, quo la sabe todo el mundo, y que seguramente os han participado puesto que habeis tenido la au-

dacia de asistir á la fiesta con que hoy se celebraba nuestro próximo enlace.

—Es cierto,—dijo Miguel friamente,—pero esto, que la casualidad me ha hecho conocer, vos me lo habeis confirmado muy á la ligera y quisiera ofroslo repetir.

—¿Acaso os debo esplicaciones de mi conducta?—preguntó Marsa con despreciativa altivez.

El conde quedó silencioso un instante, dió algunos pasos por el salon, dejó el sombrero sobre la mesita redonda, y en tono suplicante y con la mayor humildad, no en su actitud, si no en el acento de su voz:

—Escuchad, Marsa—le dijo;—teneis razon cien veces para aborrecerme: os engañé. Menti. ¡Me conduje de una manera indigna de vos é indigna de mí! Pero por borrar aquella falta, aquel crimen, si tal os parece, yo estoy dispuesto á hacer cuanto me ordeneis: á ser vuestro miserable esclavo por obtener el perdon que vengo á pedir y que os pediré de rodillas, si así me lo mandais!

El ceño que aparecia de ordinario en Marsa, marcóse entonces con una linea negra en su frente.

—Yo no tengo nada que perdonaros, ni nada que mandar—contestó en tono humillante y desdenoso, mostrando más bien fastidio que severidad.—¡Sólo tengo que pedir os que me dejéis en libertad y que no aparezcáis más en mi camino!

—¡Veo que no me comprendéis!...—replicó Miguel con cierta sequedad.

—No, lo confieso: no entiendo nada absolutamente.

—Al preguntaros si estais decidida á casaros con el príncipe Andras, os pregunto tambien, ¿no habeis adivinado lo qué? Este otro extremo: ¿Quereis casaros conmigo, ser la esposa de Miguel Meuko?

—¡Esposa vuestra!—exclamó la joven.

En aquel grito, en aquella frase lanzada á la vez que instintiva, rápidamente, dando un paso hácia atrás, habla asombro lleno de terror, de desprecio y de cólera.

—¡Esposa vuestra!—repitió.

Tales palabras encerraban para Meuko todo un cúmulo de crueles rencores, de ódios reprimidos, que estallaban de pronto amenazadores y terribles.

—Sí, mia—dijo Miguel arrostrando con serenidad la injuria que en aquel grito se envolvía, la actitud de desprecio y hasta la espresion misma del rostro de Marsa.—¡Mia, porque os amo, porque fui vuestro dueño, porque me habeis amado!

—¡Ah! no digais tal cosa—exclamó ella colocándose de un salto junto á la mesita, en la cual, entre los objetos de arte, se veian algunas armas.—¡No seais vil hasta el extremo de recordarme un pasado del que sólo me queda la repugnancia! ¡Que vuestros lábios no pronuncien una palabra alusiva, ni una siquiera, ¿ois? si no quereis que os mate como á un insultador y como á un cobarde!

—¡Ojalá!—dijo Miguel con acento de arreba-

tadora pasión. — ¡Así moriría á vuestras manos y no seriais la esposa de ese hombre!

Teniendo miedo de sí misma, Marsa apartó la vista de aquellos brillantes puñales y cayó desplomada en su asiento, siguiendo con su fiera mirada á Miguel Meuko, que, locamente exaltado ante aquella idea de morir por ella, continuó en estos términos:

— ¡Bien sabeis, Marsa, que la muerte no es lo que asusta á un hombre como yo! ¡Lo que me dá miedo es el haberos perdido un momento, el perderos completamente: es el saber que otro será vuestro marido, que os amará y que recibirá vuestras caricias y vuestros besos; creed que al pensar en que esto es posible, me asaltan ideas desatinadas y veo horribles fantasmas! De todo me siento capaz por recobrar vuestro afecto, ¡Marsa! ¡Marsa! ¡Me habeis amado!

— Yo amo el honor, la verdad, la hidalguía, — contestó Marsa con voz enérgica y acento implacable. — ¡Creí amaros! ¡No os amé!

— ¡Que no me amásteis? — replicó el conde.

Aquella pregunta, aquel golpe en lo profundo de su corazón, en su pasado, en sus recuerdos, en lo que constituía los remordimientos y atractivo cruel de su vida, le produjo el efecto de un hierro candente introducido en sus carnes.

— No, no, no; yo no os amé. Creí, os lo repito, que os amaba. ¿Sabia yo acaso lo que era la vida, hasta que os conocí? Enferma, sufriendo y creyéndome condenada á morir, en mis oídos no había sonado una palabra de compasión has-

ta que salió de vuestros labios. Llegué á creer que erais un hombre de honor y erais tan solo un miserable. Me engañásteis. Reclamásteis mi cariño como un hombre libre cuando ya estabais casado. Fui débil, á pesar de que hoy tengo energía y valor para matarme en el acto antes que ser vuestra un minuto, y os escuché; tomé como expresion de verdadero amor vuestros livianos galanteos, en los que os hacian esperto vuestros triunfos adúlteros y el trato con jóvenes perdidas; cual siempre sucede, medio por la violencia y medio por la astucia, llegásteis á ser mi amante, no sé ya cómo ni cuándo fué, porque he procurado olvidar tan indigno sueño, y cuando alucinada por vos me creí entregada á un hombre honrado, merecedor del afecto sin límites que se encerraba en mi corazón, dispuesto á toda clase de sacrificio; cuando caí en vuestros brazos... ¡sí, yo! ¡qué horror! Cuando os apoderásteis de mi alma y de mi cuerpo, supe por casualidad, por una conversacion sin importancia, en un baile, que el Miguel Meuko, cuyo nombre debia yo llevar, que debia ser mi esposo (asi me lo repetiais en vuestras engañosas promesas), que aquel conde Meuko, aquel hombre de honor en quien neciamente creia, estaba ya casado, casado en Viena, y que pertenecia ya á otra mujer aquel nombre con el cual traficaba él como instrumento de seducción y como medio de placer.

¡Ah! eso es repugnante — añadió la tzigana temblando de despecho y retrocediendo instintivamente hácia el diván, como huyendo de un contacto detestable.

Miguel, con el rostro convulso, cubierto de mortal palidez, escuchaba bajando la cabeza.

—¡Todo eso es verdad, Marsa; pero disponed de mi vida, de toda mi vida para expiar aquellas mentiras!

—Hay infamias que nunca se borran, y no hay perdón para lo que no tiene excusa.

—¿Una excusa? Sí, tenía una Marsa. ¡Que os amaba!

—¿Y porque me amabais era preciso ser un traidor, engañarme y perderme?

—Pues qué, ¿conocía yo que os perdía? No quería á la mujer con quien estaba casado; os ví y, confiado en no sé qué circunstancia favorable á mis planes, me acerqué á vos, y para conseguir ser amado, no me atreví á manifestar que no era libre. Si mentí, fué por no perder aquella pasión, que cada día llenaba más mi vida. ¡Ah! ¡Yo os lo juro por lo más sagrado! ¡Yo os lo juro!

Miguel siguió hablando, recordándole la primera vez que la vió en Pau, en casa de lady Brolway, la impresión que le causó su incomparable belleza, sus primeras conversaciones y aquellos paseos deliciosos en aquel templado clima á la vista de los Pirineos coronados de nieve.

Le recordaba aquel día en que habiéndosele desbocado el caballo, quizá hubiese perecido á no ser por el arrojado de Meuko, que sujetando al animal, se dejó arrastrar por salvarla. Por no verse arrojado del paraíso en que vivía, siendo amado por Marsa, es por lo que había ocultado

su situación aquel conde Meuko, primer secretario de la embajada de Austria en París, no diciendo que estaba casado con la heredera de una de las familias más distinguidas de Praga, mujer hermosa, pero rara y orgullosa, que no comprendía el carácter de Miguel, á quien obligó poco á poco, porque á ella no le agradaba la sociedad de París y Viena, á vivir retraído en Bohemia.

Como esta vida no cuadraba á su carácter y aspiraciones, y en cambio complacía sobremanera á su esposa, porque allí estaba al lado de los suyos, la separación de aquel matrimonio no se hizo esperar mucho tiempo. La mujer cedía de buen grado una parte de su dote por recobrar su independencia. «Era justo, decía con insolencia, que habiéndose engañado respecto á las cualidades del hombre con quien estaba casada, por razón de conciencia más que por inclinación, pagase su aturdimiento.»

¡Pagar! La frase hizo que toda su sangre se le subiese á la cabeza. Aparte de que Miguel era rico, aunque tuviese que trabajar todo el día para ganar el pan, no estaba dispuesto á tolerar semejante insulto, y lleno de indignación abandonó aquella residencia, rompiendo así una unión que para marido y mujer, convencidos de su desacuerdo, se hacía insostenible.

En esta especie de divorcio establecido por mútuo convenio, sin escándalo y sin ruido, vivía Meuko cuando se presentó á Marsa. ¿Pero quién era capaz de suponer que aquel hombre, con su timidez de enamorado, guardaba un secreto de tal naturaleza?

Además, en Pau, cuya permanencia le tenían recomendada los médicos para su pecho, afectado por las emociones de la muerte de su madre y el lúgubre viaje con el cadáver de su padre, Marsa vivía, como en Maissons, en compañía de Vogtzine, aislada, y casi sin conocer á nadie, y Miguel Meuko fué su único amigo en aquella temporada de que ahora le estaba hablando como de un eden perdido.

La pobre Marsa, entusiasta, fanática, con su espíritu apasionado de la intrepidez y el valor caballeresco, de las arraigadas virtudes que formaban el carácter distintivo de su Hungría; Marsa, exaltada con las leyendas y relaciones casi fantásticas de la guerra de la independencia; Marsa, trastornada por aquella especie de atmósfera de heroísmo, debía pertenecer, al ménos de imaginación, al primero que, atravesándose en su vida, encarnara para ella la bravura y el atractivo de los de su raza.

Y así fué que, encontrando un día en su camino al caballero elegante, al hombre seductor y de arrogante aspecto que se llamaba Miguel Meuko, se sintió invenciblemente atraída hácia él por algo de altivo, valiente y caballeroso, que constituía el carácter propio y la varonil hermosura del joven húngaro.

Por entónces, Marsa tenía veinte años, y aunque el dolor la hubiera hecho mujer, en las lides amorosas era muy ignorante todavía y estaba destinada á dejarse seducir por el primer engaño que, acariciándole los oídos, hiciese latir su corazón y asomar á su rostro los encendidos co-

lores del primer rubor. Desde que se encontró, pues, con Miguel, Marsa le amó, creyó, como ella decía, amarle eternamente, muy confiada, sin las gazmoñerías de una colegiala tímida ni la suspicacia de una parisiense, así que le era fácil al conde Meuko modelar á su gusto aquel espíritu virgen y dúctil, dándole la forma que mejor le pareciese.

Por lo demás, Miguel la amaba con frenesí, con ese amor irresistible al que se consagra toda una existencia. La locura del amor, la fiebre de la posesión, se agolparon en la mente de aquel hombre como una irresistible embriaguez, embriaguez que comunicó á la pobre niña, para quien él era la viva fe. Y en la exaltación de aquella apasionada crisis, Miguel cometió, sin ser cobarde, la cobardía de seducir y engañar.

De cobarde ciertamente que no se le podía tachar en manera alguna. Era una de esas naturalezas nerviosas que se dejan dominar fácilmente, lo mismo de la esperanza que del desaliento, que en una hora recorren los mayores extremos, desde la alegría próxima á la locura, hasta la tristeza y el desconsuelo propio de las almas hamlélicas; conjunto extraño de cualidades y defectos disparatados; sin vicios, pero adornadas de virtudes prontamente anuladas bajo la influencia de la pasión, de la cólera, de los celos, del dolor ó de la rabia.

Con alma tan tempestuosa todo era posible: la abnegación sublime y la infamia más vergonzosa

Estudiándose á sí mismo, decía muchas veces: «¡Me causo miedo!»

Como todos los débiles, Miguel Meuko era violento, y admiraba sobre todo á los fuertes.

«Si hubiese yo de elegir, decía alguna vez, el hombre á quien desearía parecerme, señalaría al príncipe Zilah, porque él no conoce ni mis desesperaciones inútiles, á propósito de todo y de nada, ni mis alegrías, propias de un niño, ni mi confianza estremada en ocasiones hasta la verdadera simpleza, ni mi misantropía llevada hasta la injusticia: y porque, para mí, la virtud más envidiable en el hombre es la firmeza.»

Los Zilah estaban unidos por vínculos de parentesco á los Meuko; pero por lo que se refería á Miguel, más que este lazo era el afecto que tan de veras le profesaba el Príncipe, lo cual había estrechado las relaciones entre ambos.

Miguel, muy querido de sus jefes, era un joven que prometía ser para la Hungría uno de esos diplomáticos que en caso de guerra son capaces de manejar la espada con la misma destreza que la pluma.

En los salones de París gozaba de gran prestigio y había sido objeto de muchas miradas; pero podía decirse que hasta el día que encontró á Marsa en Pau, sus amores fueron muy frívolos y recayeron en jóvenes mundanas, de las que ni recuerdo le quedaba.

El diplomático, además, no nombraba nunca á su mujer, que permanecía allá en Praga, sin inquietar para nada á su marido.

Quizá esto fuera la causa de que realmente llegase casi á olvidar que estaba casado, cuando hizo de Marsa su querida, de aquella virgen que

nunca se preguntó adónde podía conducirle tal amor, ni se detuvo á pensar en si continuaría siendo la amante de aquel hombre, como su madre lo había sido del general ruso, ó sería su esposa, con tal que Miguel le perteneciese por completo como ella le pertenecía.

Nada sabía, nada calculaba, dejándose sólo llevar por aquel amor que creía eterno. ¡Cuál, pues, no sería su indignación cuando supo que Miguel Menko era casado, que había mentido, que la había engañado!

A su regreso de Pau, se hallaba en un baile de la embajada de Inglaterra, sonriente, encantadora, feliz, rodeada de las simpatías generales y segura del amor de un solo hombre, del más elegante y el más noble de los hombres, cuando de pronto oyó este corto diálogo que sostenían dos desconocidos, dos austriacos quizá, cuyas frases fueron otros tantos puñales clavados en su corazón:

—¡Es simpático Meuko!

—Buen mozo y excelente bailaror.

—¡Su mujer debe ser jorobada ó muy fea, ó él más celoso que un Otelo. ¡No se la vé en ninguna parte!

—¡Su mujer! ¿Acaso es casado?

—Vaya si lo es! con una Blavka, hija de Angel Blavka, de Praga. Qué, ¿no lo sabiais?

—¡Casado!

Marsa creyó perder la razón al oír aquella conversación frívola, tan trágica para ella, que entre dos vales distraía á aquellos desconocidos, y que quedaron mudos por un momento y

como asustados cuando la jóven fijó en ellos sus ojos desmesuradamente abiertos.

Al presentarse el día siguiente Miguel Meuko en el hotel que ella habitaba en Paris, Marsa lo despidió de mala manera, sin permitirle explicacion ni excusa, diciéndole:

—¿Conque es cierto? ¡es cierto que estais casado! ¡Sois un miserable! ¡marchaos!

Y por más que volvió, suplicó, quiso verla nuevamente y arrastrarse á sus piés, ella no le admitió.

—¡Marchaos, marchaos!

—Pero, ¿y nuestro amor, Marsa? porque yo te amo y tú me amas...

—¡Yo os desprecio y os odio! Mi amor ha muerto. Vos me lo robasteis, si, os lo concedí de limosna. ¡Todo ha terminado! ¡Marchaos! ¡Y que yo no sepa que existe en el mundo Miguel Meuko! ¡Nunca, nunca, nunca!

En efecto, al verse así despedido, Miguel desapareció, avergonzado de su infame conducta, sin pretender ya nada de aquella mujer á quien cada día amaba más.

En cuanto á Marsa, hubiese querido morir llevándose el secreto de su decepcion; pero una vez más la ciencia se equivoca, y en lugar de seguir su enfermedad una marcha funesta, se vió por lo contrario que, á despecho del dolor y la desesperacion cruel que encerraba su alma, su languidez desaparecia y que, por momentos, la tzigana se mostraba más llena de vida y más deslumbradora de hermosura.

Pasado algun tiempo, el conde supo que su mu-

jer habia muerto repentinamente en Praga de una enfermedad del corazon. Aquella muerte que le hacia libre, le causó una impresion extraña, como de remordimiento. ¡Pobre mujer! Despues de todo, habia llevado dignamente su nombre, y bien merecia perdon. ¡Quién sabe si la muerte con su fria razon podria contener los entusiasmos y las perturbaciones del conde!

Pero no: la compañera querida era Marsa, la inolvidable Marsa, la que en noches serenas le esperaba en aquel pabellon á media luz, guiándole á través de aquel misterioso jardin de Pau, bajo los árboles silenciosos y como dormidos, y haciendo crugir bajo sus piés la arena.

Al verse libre, Meuko dirigió á Marsa una carta en la que le suplicaba que le perdonase, manifestándole á la vez que, siendo dueño de su destino, le ofrecia, no ya su amor, puesto que ella lo rechazaba, sino su nombre, que él le debia. Deuda de honor y de pasion que hubiese querido pagar con su propia vida.

Marsa le contestó en estas sencillas palabras:

—*¡Jamás llevaré el nombre de quien ya desprecio!*

La herida abierta en el corazon de la jóven sangraba todavía. Era incurable, y Marsa, que aborrecia la mentira, no perdonaria nunca.

Miguel pretendió verla una vez, seguro de que si se encontraba enfrente de ella hallaria acentos que la recordaran el pasado y la volvieran á la vida. Pero Marsa se negó obstinadamente, y como, por otra parte, hacia una vida retraida, no era posible que el conde la viera.

Ante esta resistencia, Miguel Meuko, queriendo olvidar, olvidar á toda costa, se entregó con verdadero frenesí á toda clase de excesos, gastando su alma y su cuerpo: dejó la carrera diplomática, se metió en aventuras imposibles, llegando hasta á servir como jefe en el ejército turco durante la guerra con los rusos, y por fin se volvió á París tan aburrido como se había marchado, y siempre, sin poderlo evitar, atormentado por la imagen de Marsa, imagen triste como el amor perdido y severa como el remordimiento.

XII

¡Y de aquel pasado, de aquel odiado pasado, era de lo que Miguel Meuko tenía el atrevimiento de venir á hablarle! Al pronto, Marsa se sintió como injuriada; pero luego, por un cambio repentino de sentimientos, al oírle recordar aquellos abominables momentos, experimentaba una impresión de amargura que era para ella como un cruel y merecido castigo.

¿Pero, realmente, todo aquello había sido posible? Con la curiosidad de un espectador que no tuviese participación en aquellos sucesos, Marsa esperaba el final del odioso razonamiento de Meuko:

—¡Mentí porque amaba!

—¿De modo, que eso es todo lo que teníais que decirme?—preguntó por fin Marsa.—Segun eso, bastaría que un ladron se defendiese diciendo: «¡Qué quereis!... ¡Ese dinero me gustaba, por eso lo he robado!» Vaya—gritó Marsa, levantándose al mismo tiempo bruscamente,—esta conversacion se prolonga más de lo necesario.

—¡Bésos la mano!

Dicho esto, se dirigió hácia la puerta del salon; pero Meuko, dando vuelta al velador, le sa-